

Los últimos días de García Lorca

# LUIS ROSALES ACLARA SU ACTUACION Y LA DE SU FAMILIA

IAN GIBSON

**H**ACE unos meses, a raíz de una entrevista hecha por Félix Grande a Luis Rosales para el suplemento "Arte y Pensamiento" de "El País" (17 de septiembre de 1978), se publicó en "La Calle", con fecha 26 de septiembre al 2 de octubre, un artículo firmado por R. C. C. (Ricardo Cid) y titulado "Félix Grande: Escupir sobre las tumbas". La tumba en cuestión cubría a Max Aub, fallecido en 1972, a quien Félix Grande había criticado por sus conocidas, y harto irresponsables, páginas acerca de la muerte de García Lorca publicadas en "La gallina ciega" (México, Joaquín Mortíz, 1971). En dichas páginas, Max Aub había puesto en boca de Francisco García Lorca, hermano del poeta (fallecido el 1 de mayo de 1976), unas observaciones sobre el asesinato de Federico y la posible culpabilidad en él de la familia Rosales, observaciones tan llenas de incongruencias y errores históricos que ningún conocido de Francisco García Lorca podía aceptarlas como dichas por él. Según Aub, Francisco le diría, entre otras cosas:

"... lo que importa es hacer resaltar que cuando fueron a detenerle, a las dos o tres semanas de vivir ya sin esconderse demasiado, se movilizaron grandes fuerzas —que debían de estar en el frente—, y que en aquel momento no había ninguno de los cinco hombres que vivían en casa de los Rosales. Ninguno. Pueden dar las razones que quieran. Pero no había ninguno. ¡Qué casualidad! Ellos, los grandes amigos de Federico. Y tampoco estaba su padre (...). Lo más probable es que la orden de ejecución fuera firmada, sin importarle, por ignorante, por el comandante Valdés; que la detención se hiciese con gran lujo de fuerzas, mandadas por Ruiz Alonso y que el soplo de lo que no pocos sabían fuera dado por el padre de los Rosales, que cuidó que Federico estuviese solo, o con las solas mujeres, en la casa, a la hora señalada".

Max Aub, en el prólogo de "La gallina ciega", describe su libro como "Boceto de gentes, paisajes, conversaciones mal recordadas o reproducidas al pie de la letra". Según me dice Francisco Giner de los Ríos, Aub utilizaba a veces magnetófono para registrar sus conversaciones en España, y podemos suponer que serían éstas las "reproducidas al pie de la letra". Lo cierto es que las palabras atribuidas por Aub a Francisco García Lorca pertenecen a la categoría de las "mal recordadas", y tengo la absoluta seguridad de que no fueron grabadas. Es más, Francisco siempre negó que las hubiera pronunciado, y así se lo declaró a José Luis Vila-San-Juan, que dice en su libro "García Lorca, asesinado: toda la verdad" (Barcelona, Planeta, 1975), página 265:

"Francisco García Lorca me aseguró rotundamente que era falso que él hubiera dicho tales palabras a Max Aub.

—Incluso estuve a punto de desmentirlas públicamente..."

Puesto que, a pesar de esta aclaración, se sigue a veces insinuando que el delator de García Lorca fue el padre de Luis Rosales, Miguel Rosales Vallecillos, fallecido en 1941 (y no poco antes de volver a España Max Aub, según las inverosímiles palabras atribuidas a Francisco García Lorca), hemos creído un deber acudir al propio Luis Rosales y hacerle una serie de preguntas muy concretas no sólo acerca de la actuación de su padre en el asunto García Lorca, sino también acerca de la suya y de la de sus cuatro hermanos, todos muertos ya: Miguel (1904-1976), Antonio (1908-1957), José ("Pepiniqui") (1911-1978) y Gerardo (1918-1968). Punto de arranque de nuestra conversación, grabada el 23 de enero de 1979 en el Centro de Cooperación Iberoamericana, fue la polémica suscitada por la entrevista hecha a Rosales por Félix Grande.

—En el artículo de "La Calle" se te hace esta crítica: "Es ver-

dad que la protesta de Luis Rosales por la muerte de su amigo no ha sido nunca pública durante el largo y cálido franquismo".

—Eso es inexacto. En primer lugar, como cosa bastante reciente, hay la entrevista con Tico Medina, publicada en "ABC", no recuerdo exactamente la fecha, pero desde luego antes de la muerte de Franco.

La entrevista aludida se publicó el 20 de agosto de 1972, bajo el título "Introducción a la muerte de Federico García Lorca". Era una de las mejores entrevistas que hasta entonces le habían hecho a Luis Rosales, y

allí expresó su protesta por la muerte de su amigo aunque, a instancias del propio Tico Medina, no precisaba nombres. Tres días antes, además —el 17 de agosto de 1972—, se había publicado en "Informaciones" otra entrevista, titulada esta vez "Luis Rosales recuerda los últimos días de Federico García Lorca" y firmada por Manolo Alcalá. Allí también, Rosales había puesto los puntos sobre las íes. Es que ha hablado tantas veces con periodistas sobre la muerte de Lorca que le es difícil recordar en qué fechas y en qué sitios lo hizo.



Federico pasó siete días en casa de los Rosales.



Luis Rosales: "Con la muerte de Federico no he querido medrar, y no medraré".

—Puedes citar también a Eduardo Molina Fajardo. El primer periodista al que yo hice una declaración completa de esto ha sido a Molina Fajardo. Si Molina Fajardo ha retrasado su publicación, no es cosa mía.

—Fero esto, ¿cuándo fue?

—Yo creo que fue en el año mil novecientos cuarenta o poco después, no recuerdo exactamente ahora, pero muy pronto, muy pronto. Declaraciones sobre el tema hice centenares, no se trata de una ni de dos, dentro y fuera de España, centenares. Ahora estamos recordando las que puedan tener más importancia, pero hice centenares. Además, yo he pedido tres veces que se hiciera la mesa redonda entre los testigos. Esto lo he pedido siendo ministro Sánchez Bella, una vez. Antes también lo había pedido.

—Fero, ¿pedido a las autoridades, directamente?

—Directamente a las autoridades, sí señor. Siendo Sánchez Bella ministro de Información, en mil novecientos setenta y dos o mil novecientos setenta y tres, trabajaba con él una persona que era gran amigo mío, en quien yo tenía confianza y que era historiador. Tenía él el mismo interés que yo, e hicimos esa gestión. Se llama Jaime Delgado, se encuentra en Madrid y puedes preguntárselo. Era director general de Difusión. No creo que la gestión se hiciera pública, pero, en fin, hay testimonios. Eso fracasó, como siempre fracasaban estas

gestiones en las alturas. Lo que me ha interesado siempre es la verdad histórica, y lo que yo he hecho, justamente, es jugarlo todo a esa carta, porque he sido un hombre que he tenido poco miedo y lo sigo teniendo. De modo que esa acusación carece de sentido. Siempre que me han preguntado he contestado, siempre que me han preguntado. Eso es la verdad.

—¿Y la otra vez?

—La otra vez fue Emilio Romero. A Emilio Romero se lo planté también. No sé si tú sabes, pero Emilio Romero es un periodista famosísimo que en tiempo de Franco tenía una influencia tremenda, tremenda, pues era muy influyente y muy temido de todos. Aquello se hizo público.

—Ah, sí; esto fue cuando la famosa polémica surgida a raíz de la colocación de la placa conmemorativa de la fundación de la Falange en la fachada del teatro de la Comedia, ¿no?, en mil novecientos setenta y dos. Se daba la casualidad de que por aquellos mismos días se representaba "Yerma" en el teatro de la Comedia, y al día siguiente "Ya" comentaba: "El retorno a la escena activa de Falange es bien visible". Yo, en Londres, me reía mucho de aquella frase, de evidente intención irónica (evidente en el campo falangista).

—Lo que sí recuerdo es que, en relación con la polémica, dijo Emilio Romero, en "Pueblo", que "sería bueno que Luis Rosales

nos diera su versión de los hechos". Yo, en seguida, publiqué una carta en "ABC", en la cual expresé mi deseo de decir toda la verdad.

La carta se publicó en "ABC" el 29 de marzo de 1972. Decía Rosales, textualmente: "Nada he deseado tanto desde el año 36 hasta ahora como hacer dentro de España una declaración completa e incondicionada de aquellos hechos como ya hice más de una vez fuera de mi país".

—Entonces, como consecuencia de esto, Emilio Romero fue a mi casa y tuvimos una entrevista, y entonces le dije: "Aquí tienes en la mano el gran éxito de tu carrera: hacer una rueda de prensa internacional con todos los testigos que quedan. Tú la puedes presidir y para ti sería la apoteosis de tu carrera". Puedes preguntárselo. Yo creo que esto fracasó, como siempre, según me dijo, por culpa de Ruiz Alonso. Emilio Romero me dijo que lo intentaría, pero que consideraba imposible sentar en una mesa como testigo a Ramón Ruiz Alonso. Así que, en dos ocasiones y ante las autoridades, de manera absolutamente notoria, he tratado de comprometer al Estado español para hacer una rueda internacional: estando Sánchez Bella de ministro de Información, a través de Jaime Delgado, y con Emilio Romero. Y hace un año, en el programa de RTVE "A fondo", emitido el veintitrés de octubre de mil novecientos setenta

y siete, pedí lo mismo, que se formara una mesa redonda internacional y que se publicaran las conclusiones en un libro blanco patrocinado por el Estado. Y ya sabes que por esta actitud he recibido anónimos y amenazas. Yo, en fin, he hablado siempre que me han preguntado. Lo ha publicado Vilallonga, y he hablado con todo el mundo, con Claude Couffon, con Marcelle Auclair, contigo, con Tico Medina, con todos. Siempre he dicho lo mismo y nunca he ocultado los nombres.

—Pero, ¿por qué no has publicado tú mismo tu relato de cuanto sucedió en Granada? Es una pregunta que a mí me han hecho muchas personas al surgir el tema de Luis Rosales.

—Como dije en "A fondo", no he querido nunca medrar con eso. A mí me han ofrecido el oro y el moro por escribir ese libro. Me ha ofrecido una empresa italiana hacer una película sobre ello, siendo yo el *speaker*. No lo he hecho porque tenía conmigo mismo el compromiso de no beneficiarme con la muerte de Federico. Es la verdad. Lo que sí tengo que hacer es escribir un libro, no sobre la muerte de Federico, sino sobre él y su obra. Allí daré mi testimonio. Sobre la muerte, por otra parte, lo que tengo que decir ya lo he dicho, aunque siempre hay aspectos nuevos, como tú mismo ves siempre que hablamos. Repito: con la muerte de Federico no he querido medrar, y no medraré.

—Supongo, además, que de haberlo querido, no hubieras podido publicar el libro en la España de Franco.

—Eso, ¡ni pensarlo! Habría tenido que exiliarme. Además, no te quiero decir qué bandera hubiera sido para mí publicar ese libro. ¡No te quiero decir! Es otra de las muchas tentaciones a que he renunciado. Una de tantas cosas que están diciendo qué tipo de hombre soy. Nunca quise beneficiarme. Y vuelvo a decirte que me han ofrecido puestos y dinero, varias veces, dentro y fuera de España, sobre todo fuera de España, y hasta hacer una película. He renunciado siempre a todo. ¿Cuándo se murió Franco? (Luis se ha puesto, de repente, exaltado.)

—¿Me preguntas a mí?

—Sí.

—Pues, el veinte de noviembre de mil novecientos setenta y cinco.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Tres años.

—¿Qué hubiera hecho un caibrón? ¿Es que ahora no sigo publicando ese libro por temor a Franco? ¿Es que no me conviene a mí publicar ese libro? Creo que

## LUIS ROSALES

está claro que no lo escribo porque no me da la gana. Y es que tengo motivos de orden mucho más íntimo para no hacerlo. Nunca quise ganar ni dinero ni fama con esto. Ha sido mi experiencia vital más importante. Esto me basta. Además, yo soy un escritor, y ganaré la fama con mis escritos. ¿Está claro?

—Está clarísimo. Sigamos. Quería preguntarte sobre la Falange granadina y tu relación con ella y con tus hermanos. En primer lugar, sé que volviste a Granada poco tiempo antes del Movimiento. ¿Sabes la fecha exacta?

—Fue el día de la muerte de Calvo Sotelo.

—Es decir, ¿el trece de julio de mil novecientos treinta y seis? A Calvo Sotelo le asesinaron en la madrugada del trece.

—Así sería, yo tengo buena memoria para los hechos y muy mala memoria para las fechas. Aquel día volví por tren y con mi madre. Mi madre había ido a Barcelona a acompañar a mi hermana María, la monja, que entonces iba al convento de Abigliana en Italia. Y cuando ella volvió de Barcelona de acompañarla, y pasó por Madrid, regresamos juntos a Granada, justamente el día de la muerte de Calvo Sotelo. Recuerdo que leí la noticia en la prensa aquella mañana.

—¿Y llevabas mucho tiempo fuera de Granada?

—Yo entonces vivía en Madrid durante el curso y vivía en Granada en las vacaciones, eso durante los cuatro años de la carrera, que hice en Madrid.

—¿Y sabías algo de lo que se tramaba en Granada?

—Yo no sabía nada. Ahí tienes publicada la declaración de Pablo Neruda en que dice de mí y en mi homenaje que Luis Rosales es "un mortal antipolítico". La opinión despectiva que tengo ahora sobre la política la he tenido siempre. Yo creo que el poder corrompe, y corrompe lo mismo a unos que a otros. Pues bien, cuando regreso a Granada me encuentro con que en las dos esquinas de mi calle hay vigilancia. Entonces me dicen mis hermanos: "Esto va a ocurrir". Y yo, creo que por motivos indudablemente religiosos y porque en esos momentos no había más remedio que decidirse, me incorporé al Movimiento. El caso mío es el caso de tantos. Generalmente la decisión la marcaron las zonas, el que cayó en la zona nacional tenía que jugarse muchas cosas, tener ideas políticas muy, muy

conscientes para jugar en contra del ambiente. Yo era un liberal y creo honradamente que, de encontrarme en Madrid cuando empezó la guerra, hubiera continuado en aquella línea.

—Sabes que se ha dicho, y que a veces se siguen diciendo, que "los hermanos Rosales" eran "los jefes todopoderosos" de la Falange granadina, y así por el estilo. Antes del Movimiento sólo pertenecían a la Falange tus hermanos José y Antonio. Gerardo no se afilió nunca, según me dijo, alistándose en el Ejército, y me consta que Miguel entró en la Falange tres semanas después de la sublevación, y de bastante mala gana. Es decir, que los únicos hermanos Rosales que tenían alguna importancia como falangistas eran Antonio y José. Pero, "¿jefes todopoderosos?"

—Esa es otra de tantas mentiras que se han dicho y que se siguen diciendo. Mi hermano Pepe no tenía absolutamente ningún cargo. Mi hermano Antonio era tesorero, era un falangista a ultranza, amigo íntimo de Narciso Peralas. Mi hermano Pepe tenía mucho más prestigio dentro de la Falange a pesar de no tener cargos, hasta el punto que, como tú sabes, presumió un poco de haber hecho él los nombramientos. Con quien tenía gran amistad era con José Díaz Pla, el jefe local. Tenía amistad también con Valdés, pero no mucha, entre otras cosas porque con Valdés era muy difícil tener amistad. De modo que Pepe entonces no tenía ningún cargo, era un falangista pero no pertenecía a la Junta de Mando. Y cuando vino el Movimiento, a los quince días lo nombraron jefe de sector. Jefe de sector era un cargo de milicia, pero subalterno. Después del jefe de milicias había distintos jefes de sector, uno de los cuales era mi hermano Pepe.

—Bueno, ¿y qué hacías tú entre el veinte de julio de mil novecientos treinta y seis, primer día del Movimiento en Granada, y el nueve de agosto, fecha en que te llamó Federico desde la Huerta de San Vicente y te llevaste a tu casa?

—El primer puesto en que a mí me pusieron fue secretario del cuartel de Falange. Yo era el que estaba encargado de toda la organización del cuartel de Falange que estaba en el antiguo convento de San Jerónimo. Estuve encargado de eso durante veinte días. Me fui de allí cuando me nombraron jefe del sector de Motril.

—Pues, en este caso, te hicie-

ron jefe del sector de Motril estando Federico en tu casa.

—Efectivamente, por eso estaba en el frente. Yo presenté muy pronto la dimisión del cargo de jefe de sector, no sé exactamente si antes o después de la muerte de Federico, pero creo que poco después. Para mí la cuestión de las fechas es muy difícil de precisar. Hubo también un motivo muy importante además de la muerte de Federico. El hecho fue que en uno de los pueblos de mi sector —Dúrcal o El Padul— me enteré de que la persona más honrada y capaz, la que tenía prestigio en todos los sectores políticos, era el boticario. Tenía condiciones inmejorables para el



Max Aub.

mando. Entonces yo fui a Granada y hablé de esto y propuse su nombramiento como jefe local. Al día siguiente, al pasar por allí, hablé de esta gestión con las autoridades, es decir, les comuniqué que ya estaba decidido hacer su nombramiento como jefe local. ¡Pero ya lo habían matado! Esos dos fueron los motivos que me hicieron a mí retirarme de tener un puesto, porque yo no podía saber si habían matado a aquel hombre por una indiscreción mía. Esos dos fueron los motivos que me hicieron a mí renunciar al cargo, y desde entonces fui soldado de filas.

—Federico pasó siete días en vuestra casa, una amplia casa de típica arquitectura granadina, con dos plantas, patio, etcétera. Creo que vosotros vivíais en el primer piso y que a Federico se le instaló arriba, en el segundo piso, con la tía Luisa, hermana de tu madre. ¿Es cierto?

—Sí, en el piso segundo vivía él, solo, con mi tía Luisa y, claro, quien le acompañaba con mucha frecuencia era mi hermana Esperanza. Allí comía y no estaba nunca en el primer piso, en nuestra casa. El segundo piso estaba absolutamente incomunicado con el nuestro. Federico no vio nunca ninguna persona con armas, ¡jamás! Y eso de que comía con nosotros es falso, porque nosotros no estábamos nunca en casa, ¡no era tiempo de estar en casa, jugando al ajedrez! Federico estaba siempre arriba.

—¿Y tú le veías a veces, al volver a casa por la noche?

—Yo, en cuanto llegaba por la noche, lo primero que hacía era irme a hablar con él. Pero nunca he hablado con él en compañía de ningún hermano mío. En esas noches siempre hablábamos Federico y yo solos. Lo que quiero decir es que normalmente no se podía ver con nadie, no se veía con nadie de mi casa más que con mi hermana Esperanza y conmigo. Vuelvo a repetir que los dos pisos de mi casa eran independientes, incluso tenía el piso de la tía Luisa su propia salida a la calle, y cuando iban a nuestra casa personas como Cecilio Cirre y José Díaz Pla, Federico ni se enteraba.

—¿Te hablaba Federico de sus proyectos literarios?

—Lo que él tenía en la cabeza entonces (y es posible que escribiera en algún momento, pero no me parece fácil) era lo que él llamaba "Jardín de los sonetos" eso es lo que él tenía en la cabeza. Si escribiera algo, que no creo que escribiera, sería algo en relación con esto. El tenía también la ilusión de escribir una especie de *Paraíso perdido*, un poema épico, largo, narrativo, que se llamara "Adán". Siempre me hablaba mucho de este poema. Era una ilusión muy constante en sus últimos años, por lo menos en los dos últimos años él siempre me decía: "No, no, mi obra va a ser 'Adán'".

—Hablemos ahora de tu padre. Se ha dicho que tu padre delató a Federico, siendo el poeta huésped suyo. Y no sólo esto. Schenberg mantiene, como sabes, que si tu padre delató a Federico era porque se había enterado de que tú tenías con él una relación homosexual. ¿Qué dices de todo esto?

—Mi padre hizo todo lo contrario. Protegí a mucha gente, entre ellos a Manuel Contreras Chena, a Eduardo Ruiz Chena y a Manuel López Banús. Al primero le conoces tú. En casa de mi pa-

dre, y con el conocimiento suyo (yo no podía tomar decisiones tan graves sin su conocimiento), no solamente ha estado Federico. Ha habido muchas personas. En algunas de las primeras noches hubo más de cinco personas. Y fueron muchas noches, pues siempre había necesidad de proteger a alguien. En las quince primeras noches hubo siempre asilados en mi casa. ¿Por qué no he dicho esto antes? Porque no he dicho nunca nada que me pudiera favorecer. Lo utilizo ahora para defender la memoria de mi padre. Mi padre era liberal y mi padre ha protegido, como tú ciertamente sabes, a muchas personas.



Francisco García Lorca.

El 26 de octubre de 1978 conocí en una clínica madrileña a Manuel Contreras Chena. Me confirmó que debe la vida a la generosidad y valor de los Rosales en un momento en que otras personas afectas al Movimiento se habían negado terminantemente a tenerle en su casa. Y me habló de otra gente de izquierdas salvada por los Rosales. Y eso a pesar de que hubo un bando en el cual se proclamaba que quien protegiera a un "rojo" sería pasado por las armas.

—Buena, Luis, ¿y lo de la homosexualidad?

—Que yo no soy homosexual creo que no es menester explicarlo demasiado. Me han gustado mucho las mujeres y me siguen gustando exactamente igual que a todos mis hermanos, ¿comprendes? Pensar que entre los Rosales había homosexuales es un dislate.

—Schonberg, como posible-

mente no sabes, dice en algún sitio que cada poema de tu primer libro, "Abril", publicado por Bergamín en mil novecientos treinta y cinco, es una confesión homosexual.

—Pues a Schonberg le pude presentar a Abril, porque Abril es el seudónimo de una novia mía, y bien guapa por cierto. ¡Este no es el caso de Proust, dándole el nombre de Albertina a su amante! A mi novia todo el mundo la ha conocido.

—Otra pregunta en relación con tu padre. Al llegar a tu casa Ramón Ruiz Alonso aquella tarde del dieciséis de agosto de mil novecientos treinta y seis, para detener a Federico y llevarle al Gobierno Civil, no había ningún hombre de la familia presente. Esto sí es cierto. Tú, Gerardo, José y Antonio prestábais servicio fuera de Granada, ¿no?; tu padre estaba, naturalmente, en la tienda y Miguel estaba en el cuartel de Falange. Añadamos que, por más señas, José y Miguel no vivían en la casa paterna, ya que estaban casados y tenían piso propio. Pues bien, tu madre le dijo a Ruiz Alonso que no permitiera que se llevara a Federico hasta que estuviera allí uno de sus hijos varones, y trató de conectar con vosotros por teléfono. Dio con Miguel, que acudió pronto a la casa. ¿Supongo que también llamó a tu padre, cuya ausencia en aquellos momentos ha parecido "sospechosa" a más de un periodista?

—Mi madre se puso en contacto también con mi padre, y mi padre se puso inmediatamente en contacto con la familia García Lorca. Mi hermano Miguel, llamado por mi madre, fue a proteger a Federico para que no le pegasen un tiro al salir de allí. De modo que todo está bien claro. Hubo lo que tenía que haber: una división de funciones. Mi hermano Miguel fue a acompañar a Federico. Mi padre fue desde el primer momento con don Federico para buscar un abogado que defendiera a Federico.

—Me imagino que era evidente que, con todas aquellas fuerzas que acompañaban a Ruiz Alonso, no había modo de impedir la detención y que habría que tratar de solucionar el problema en el Gobierno Civil.

—Evidente. No hubo temor ni indecisión, y todo está más claro que la luz. Hubo una división de funciones. Mi padre fue a hacer lo que le correspondía, avisar a la familia y ponerse de acuerdo con don Federico desde el primer momento, porque ya aquella

tarde, como tú sabes, fueron a ver al abogado. Aquella misma tarde.

—A Pérez Serrabona, ¿no?

—A Manolo Pérez Serrabona, aquella misma tarde. Mi padre hubiera podido volver a casa si no hubiera tenido que ponerse de acuerdo con don Federico, puesto que mi padre era un hombre muy influyente en Granada y muy respetado de todo el mundo.

—Tú has descrito muchas veces la escena que tuvo lugar aquella noche en el Gobierno Civil. Al volver a Granada y enterarte de lo ocurrido, fuiste allí con varios amigos y, al no encontrar al gobernador civil, Valdés, prestaste declaración delante de



Emilio Romero.

mucha gente. ¿Sigues afirmando que allí viste a Ruiz Alonso, a quien antes no conocías?

—Yo hice la declaración ante el teniente coronel Velasco y, claro, al hacerla, iba diciendo los hechos, iba diciendo "un tal Ruiz Alonso", y, la tercera vez que dije "un tal", éste se encaró conmigo y me dijo: "¡Ese tal Ruiz Alonso soy yo!". El estaba convencido de que me tenía en su mano, como ocurrió, pues aquella misma noche empezaron a perseguirme. El tenía la seguridad de que contaba con el poder, con la camarilla de las veinte personas que siempre rodeaban a Valdés y le asesoraban.

—Una última pregunta. Dos días antes de morir, en agosto de mil novecientos setenta y ocho, tu hermano Pepe me dijo que Valdés le mostró la denuncia que había contra Federico, firmada por Ramón Ruiz Alonso. Según Pepé, se acusaba al poeta, entre

otras cosas, de haber sido secretario de Fernando de los Ríos y de ser "el speaker de Moscú", es decir de ser un espía en el pago de los rusos y de tener una radio clandestina. También parece ser que se os acusaba a los Rosales de ocultar en vuestra casa a unos rusos, nada menos. Según Pepe le dijo Valdés: "Si no fuera por esta denuncia, Pepe, yo te dejaría que te lo llevaras, pero no puede ser porque mira todo lo que dice". ¿Tú te acuerdas de la denuncia?

—Yo no he visto la denuncia. Lo que ocurre es que Pepe me lo contó. Yo sé lo que él me contó: "Acabo de leer la denuncia y tal, firmada por Ruiz Alonso, tiene esta extensión, se nos acusa de estos cargos, es increíble cómo pueden haberse amontonado esta serie de cargos que no tienen justificación alguna", pero que le costaron la vida a Federico.

Parece cierto que sin la intervención del destacado falangista Narciso Perales (palma de plata de José Antonio Primo de Rivera), que respetaba profundamente a Luis Rosales, éste arriesgaba ser fusilado por haber querido proteger a García Lorca. Así se lo contó el mismo Perales a Marcelle Auclair y, posteriormente, a mí. Corroboración independiente de ello, además, es que la noticia del peligro corrido por Rosales se conoció pronto en Madrid al escaparse de Granada el presidente de la FUE (Federación Universitaria Escolar) de aquella ciudad, hombre, desde luego, de izquierdas. Según el relato de este evadido, publicado en "El Sol" el 2 de octubre de 1936, Rosales, "por tener en su casa a García Lorca, estuvo a punto de ser fusilado junto a las tapias del cementerio". Y añadía "Claridad" el mismo día: "A Rosales Vallecillos (sic) le detuvieron los fascistas y estuvo a punto de ser fusilado, pero intervino un hermano suyo, falangista significado, y el incidente terminó imponiendo al poeta 25.000 pesetas de multa".

Llevo más de diez años escuchando a Luis Rosales hablar de la muerte de García Lorca, y siempre me ha contestado lo mismo, sin vacilaciones. A mí y a otras muchas personas. Yo creo, en definitiva, que este hombre de mirada serena y arrolladora humanidad dice la verdad y sólo la verdad —ahí están los testigos, algunos de los cuales he nombrado—, y que hizo todo lo que pudo por proteger y salvar a Federico. Que se le deje en paz con su pena. ■ I. G.